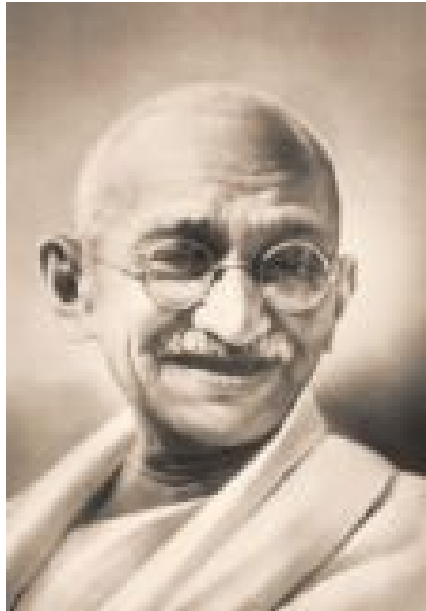


CANTO A LA PAZ

Salvador Pliego



Copyright © 2008
COPYRIGHT by Salvador Pliego. All rights reserved.
Houston, Tx. USA

Todos los derechos reservados. Este libro no puede ser parcial o totalmente copiado o reproducido de cualquier forma sin autorización del autor.
Derechos reservados por el autor y debidamente registrado.

(Amanece)

I

Es poesía y amanece el día.
Canta el ave su homilía
y de pájaros la algarabía.
En el enramaje del sonido
los trinos se acarician
consintiendo melodías.
El ave enseña el vuelo
como la mañana su poesía.

El tórrido crepúsculo es compendio de alegría
y el ala muestra el alba
dibujándola en las rimas.

Hay pupilas de crecidas lilas
y los ojos se abren
desbordando poesía.

II

Despliega en mí, poesía,
los acordes de la vida:
 dicha,
 danza
 y alegría.

Y en tu verso lleva un canto,
que es el canto de la vida.

(Dicha)

Verbenas de cánticos celestiales,
redondillas albiazules y corceles en caireles,
son un canto hacia la vida,
son un don de melodía.

Y va volando mi Pegaso
de alas rosas y en los mares,
va planeando y despegando
como suenan los cantares.

Primorosos alcatraces,
albaceas de los aires,
se recuestan en las crestas,
se desprenden por las cuestas.

Va volando mi Pegaso
sobre cimas y versares,
con su cola alborotada
y del cuello azul correa.

Escarpando la marea,
seduciendo los corales,
cascos blancos de cristales
y en colores sus amarres.

Azucenas de los mares,
hondonadas de sus trotes,
hoy resuenan en las aguas
cuando corre de mañanas.

Va volando mi Pegaso,
va planeando un salmo alegre,
y es un canto hacia la vida,
revelando plena dicha.

(La danza del colibrí)

Pap, pap, pap, aleteo, aleteo y rap, pap, pap.
Media vuelta y zigzagúeo.
Rap, pap, pap.
Del meneo, del meneo que me entrego:
desbocado y desbordado.
¡Qué ajeteo!
Rap, pap, pap.

Me mantengo, me mantengo
como siempre en el lucero,
con el ritmo, con el ritmo
de la flora y centelleo.
Rap, pap, pap.
¡Qué espesura y qué mareo!
¡Qué delicia de aguacero!

Agitado, agitado de cadera y con jadeo.
De una aurora,
de una espora,
de una zinia que enamora.
Rap, pap, pap.

Me sostengo y me contengo,
me desvivo y me entretengo.
A la zinia, a la zinia
la cortejo y coqueteo.
Rap, pap, pap.

Taconazo y aletazo.
Aletazo y testarazo.
Como sea me le abrazo.
Se escabulla en mi regazo
y me resulte un caderazo.
Rap, pap, pap.

Devaneo y aleteo,
desenfreno y galanteo,
me revuelco y serpenteo,
zarandeo cual lucero.
¡Qué belleza de ajeteo!
Rap, pap, pap.
Aleteo y aleteo,
media vuelta y zigzaguo.
Rap, pap, pap.

(Alegría)

Un día toqué yo el cielo
y tan cerca de tu boca.
Te dije que sería
quizá el amor de mi alma.
Y sentí que el pechoabría
vocablos que yo hablaba.

Palpé ternura tuya
que un labio me mostraba,
y era sólo que rondaba
los labios que yo amaba.

Un día tocaba el cielo
y besándote escalaba,

llegaba hasta la altura
donde sólo a ti rozaba,
y era ahí en tu boca
que siempre me quedaba.

Pedí a tu alma entera
que siempre me besara,
quedarme ahí extasiado
hasta que la noche me alcanzara.
Y llegó la noche plena
y de nuevo la alborada,
tocando el cielo estaba
y prendido de tu boca.

(Se apaga la risa)

Algo ha sonado.
Se apaga la risa.

Bajo el entarimado
un golpe ha sonado.
Se apaga la risa.

Si era temprano
y el muelle esparcía
el golpe en zozobra
corriendo de prisa.
Se apaga la risa.

¿Quién toca tambores
propalando arrebatos?
Se apaga la risa.

¿De dónde el barullo
de sórdido ataque?
Se apaga la risa.

Las dudas y miedos
someten aplomos.
Se apaga la risa.

Era madrugada
y apenas izaba
lo que el cielo aluzaba.
Se apaga la risa.

(La discrepancia)

Encantadora y cortés.
Ruda y antipática.

Amable y complaciente.
Obcecada y necia.

Tierna y flexible.
Rígida y compacta.

Tolerante y respetuosa.
Intransigente y testaruda.

Artera y sagaz.
Incompetente y senil.

Maja y agraciada.
Repugnante y repelente.

Para mí era una violeta.
Así de simple.
Y era todo.

(El bronce habla)

Habla como habla un mármol.
Habla sin sabiduría o pericia alguna,
como habla y se escucha en sórdida agonía.

Habla...
Habla sin tertulia, sin garbo y sin presencia
o llaneza fina,
porque al bronce no es dado
el pensar un predicado.

Habla como estatua,
como hierro que domina,
como acero destemplado
de trémula firmeza.

Y habla,
sólo habla:
¡Presenten armas...!

Y eso decía.

(Rumores)

Surcaba el rumor del fuego,
la incógnita del viento.

Se resguardaron las aves
picoteando las rocas.
Las sábanas de arena
cobijaron las gaviotas.
Los puertos con veletas
camuflaron alas yermas.
Y los hoyos con serpientes
abrazaron reptiles ya sin piernas.

Brotaba el rumor del viento,
el presagio inesperado,
la súbita llamada al temor
nunca deseado.

Era el rumor del fuego
y el latir desesperado.

(La explosión)

Eran las doce en punto,
eran las doce exactas,
las mil doscientas horas,
las once más sesenta,
las doce a mediodía,
y el llanto sólo ardía.

Alguien percibió un llorido...
Después la nada.

Acá escuché un quejido...
Después la nada.

Alguien corrió dolido...
Después la nada.

Eran las doce en punto,
las doce de otro día
y de otro mediodía,
las mil doscientas horas
que un sol alumbraría,

y el llanto sólo ardía,
y el llanto no gemía.

(La histeria)

I

¿Has visto los ojos del niño?
Cercenan de rojo sus gotas las aguas.
Salpica en migajas los restos del miedo.
Transforma en temores las manos benignas.

¡No mires!

¡No pidas que mire!

¿Has visto los ojos del niño?

Es el golpe el que grita,
la sangre que irrita,
la rabia que inunda su vista perdida.

¡No mires!

¡No pidas que mire!

El sol no ilumina debido al quebranto.
La tierra tiritita por la herida hendida.

¿Has visto los ojos del niño?

¡No mires!

¡No pidas que mire!

Del espanto la noche crujía
y una luz cegadora mecía.

Y el estruendo...

¡Qué estruendo se oía!

¡No pidas que mire!

Sus ojos vaciaron de fuego los llanos.

Ni un roble retuvo su pupila herida.

¡No pidas que mire!

II

No quiero su vista,
si la sangre corría.
No quiero sus ojos,
si no amanecía,
ni el color de la hierba
que de rojo teñía.

¡No quiero mirarle cuando ahí se moría!

Que el sol embestía
incendiando la brisa
y no dejaba en la tierra

más que el color a ceniza.
Que el aire viciaba de hedor
su camisa
y su ropa de lino
se desvanecía.

¡No quiero mirarle cuando ahí se moría!
¡No quiero su vista si la sangre corría!
¡No puedo mirarle cuando ya no gemía!

(El silencio)

¡Maldita la hora en que la mano forjó la torreta de acero!
¡Maldita la idea en que se apuntara al terreno que era de carne y de hueso!
¡Maldita la estrategia que puso al de abajo para ser taladrado!
¡Maldita la saña que apretó con un dedo y la ojiva lanzara!
¡Maldita la creencia, que a nombre de alguien, portara bandera de ultraje y venganza!
¡Maldita la vista que apuntara certera y ni un gemido tan sólo el aire escuchara!
¡Maldita la tromba que estallara silente y nadie pudo siquiera avisarla!
¡Maldita la mano que sedujo a la muerte y con guante raso y de seda le saludara!

Y en pleno llanto y por demás desconsuelo,
extendí mi mano,
y besé la suya para perdonarlo.

Yo bajé la vista,
y en silencio, continué
llo
ran
do.

(La identidad perdida)

Yo soy yo:
el rostro oscuro,
la arena ciega,

el mar perdido,
la nonata estela de un crucero mal dirigido;
Una memoria de puerta abierta
en el recuerdo no percibido;
Aquella mueca afligida y seca.

En mí describo tantos vestigios:
la proa en alto de algún marino,
la voz en llano de algún artista,
el pistón sonando de un acerero
y el yunque roto en el astillero,
el ruido mudo y el extravío.

Y ya sin nombre,
sin rostro alguno,
con signo esquivo,
dejé el camino
y busqué el olvido...

(La oración dolida)

Ya no era de lino,
ya no era de olivo,
la sábana blanca
de mi Jesucristo.

Corona de acero
clavando un espino,
el hombro caído
y el crucifijo vencido.

Cargaba un niño
la saeta en vilo.
Ya no era el Cristo
que nació del río.

Llevaba los ojos
de angustia y martirio,
la sábana blanca
del sudar en frío.

Y la brea en la boca
devastando la tierra
al sentir la llaga
sin poder curarla.

La sábana blanca,
acendrada y tan blanca.
Tan blanca y lavada.
Lavada y planchada.

Y el rojo en la mancha
era el rojo encendido.
La sábana blanca,
y el rojo era el niño.

(Ausencias)

I
Hoy desespero de ese sol
que no se levanta,
que divaga y exhala,
de esa flor sin tu boca,
y no entiendo nada.

Me espero a mañana
y aún así me confundo.
No tiene sentido
si no está tu boca.

Hoy acecho
los ojos que volando
encendieron un sol en tu cara
y no estás tú conmigo.

Hoy me impaciento
que no capto tus besos:
se fueron soplando,
errando en la nada,
o un quejido en mi labio
quizá incomprendido,
y no tiene sentido.

Y las ganas de todo,
o en tu boca tan sólo
que voy divagando.
Hay nada que queda en un todo
y luego el mañana,
y no tiene sentido.

II

Aún creo en tu beso de humeante ceniza.
Aún queda esta orilla...

Y soy adivino
y resiento el olvido.
Si es que amanece
me quedo dolido.
Un poco que entiendo,
un todo perdido:
retazos de un labio
en el polvo y quejido.

Si es que amanece...
Aún creo que vuelves
y devuelvo el chasquido...
Si es que amanece.

Y soy adivino:
Presiento que vuelves
desde el horizonte en que vivo.
Y estoy confundido,
pues no siento
tu labio en el mío.

Se daña la calma,
se pierde el sentido.
Tu beso fenece
gimiendo y sufrido.
Tu beso que muere...

Un poco de nada
y luego el mañana.
Un poco de llanto
y despierta un quejido.
Aún creo en tu beso
del pecho encendido.

Y soy adivino
e intuyo sentidos.
Mas nada responde:
ni el aire que eriza,
ni el suelo que trilla.
Todo devuelvo,
quebrado y en ruina.
Ya nada me queda.

Hay sólo tristeza,
un poco de llanto,
y el vacío que anida.

Y sollozo en mi sombra,
y recorro en penumbra
el eclipse en que habito
y fallezco de prisa.
Ya nada me queda.
No entiendo el mañana.

Aún creo en tus besos,
la ceniza en mis ojos.
Ya no hay ni mañana.
y la nada me quema.

III
Ahí la ventana.
Dialogo con ella
para ver qué mañana...
Mas no entiendo nada.
Se fueron tus ojos.

Y ya desvarío
diciéndole a ella
lo vívidos que eran.
Se fueron tus ojos,
y yo en la ventana.

A veces le cuento
que rondo por ellos
y el vidrio se empaña y requiebra.
A veces le cuento...

Se fueron tus ojos
y ella no me habla.
Ahí la ventana,
silente y cerrada.
No hay luz que la abra.

Me quedo esperando
la luz si asomara.
Del llanto se cierra
y no hay ni mañana.

Solloza conmigo
y gotea un gemido.
No hay que resista
y se crispa dolida.

Se fueron tus ojos.
Platico con ella
y chispea callada
una lágrima entera.

No entiendo el sonido.
Llovizna quebranto
y enuncia quejidos.
Se fueron tus ojos.

Ahí la ventana,
y ni una mañana.

(Aprendizaje de Alma Grande)

I
(Sencillez)

Soy piedra
sin canto y amorfa
que busca tan sólo
advertir un camino.

Piedra calcárea
sin brillo y destello,
nacida del pozo
a orillas de un río.
Piedra de monte
como los vencidos.

Como del harapo
que creció sin brío,
que rueda y se quiebra
donde el abatido.

Soy piedra cegada
que creció negada
para ser lanzada
donde el oprimido,

y se deshace sola
con el sometido.

Piedra de loma
que busca un sendero,
y reparte ladera
a quien se halle rendido.

II (Ayuno)

Hoy ayuno la mañana entera,
y dejo servido el sol
para el que lo quiera.
Resguardo soleras,
me contengo de alfalfas,
me privo de alubias
y reparto mis ganas.

Y dejo sembrados
anhelos y empeño,
a que se recojan,
al que le faltaran.

Hoy ayuno
y me siento en tu mesa,
contemplando todo
bajo tu mirada.

III (Desobediencia)

Sentado,
aquí,
en la tundra volada...
y es todo.

Y no obedezco más que a la flora que me habla.
Sentado, y es todo.

He roto con el fuego encendido
que silbara exigiendo.

Desobedezco los gritos
de daga y martirio.
Desconozco las nubes

si no son paso del mirlo.
Infrinjo la norma escrita
por sólo tenernos cautivos.
Incumplo la orden
que no deja vestigio
o respire bien acogida.

Aquí,
solo y sentado...
Y es todo.

Al pájaro mudo le miro.
Al lobo asustado le calmo.
A la serpiente sin lengua
mi lengua le presto.
Al colibrí impedido
mi boca le implanto.

Es todo.
Aquí, solo y sentado.

Y la vida reclamo.

IV
(No violencia)

Por una mejilla:
Poned cuerpo entero
a que el golpe reciba.

Por otra mejilla:
Bajad la mirada
y que el alma sonría.

V
("Imperfecto como soy, comencé con hombres
y mujeres imperfectos, por un océano sin rutas."
Mahatma Gandhi)

Acercadme la luz del caído.
José, hijo de corteza y tallo;
esquela entreabierta y eterna;
obituario del pájaro en vilo:
Venid. Poblad de caminos mis letras.

Describid con vuestra sangre
la sangre de siglos:
Gota a gota como un campo abierto
mostrad testimonios.
Revelad las labradas lágrimas
y aquellas que nunca secaron.
Exponed vuestras penas
y el llanto indebido.
Y abrid algún día, entre páginas rotas,
el vestigio de vida
en un gran manifiesto.

¡Ésta es la vida!
José, hijo de campo y de mina,
piel de espora y descendiente del álamo,
nieta de cauces y bisnieta de blancas segovias,
ornamento tutelar de tucanes:
¡Ésta es la ruta!

¡Salgo a la vida y levanto bandera!
¡Salgo a los pájaros donde el alma se ondea!

(Devuelta a la vida)

Oh el planeo del pájaro
en su permanente aleteo,
mi desesperado canto
que en él se refleja.

¡No hay ala sin par!
De pareja en pareja emergen las nubes
en la acrobacia del viento.
De dos en dos su meneo
y la picada que saluda los llanos.
En el aire la tempestad se amilana
y se renueva la persistencia del todo.

Así los labios devuelven la dicha.
Así los ojos reintegran ternura.

¡Nace en tu pecho mi profunda alegría!
Y de nuevo la vida...

Soy esa cauda de pájaro,
ese cálamo transparente de tu boca que vuela,

la mirada esparcida que retorna en mañana,
cada parte de ti en que tus alas me tocan.

¡Devuelta a la vida!
Como la otra ala adherida.
Como el pedazo de pluma que sólo de amor
se registra.

Y renace de nuevo en tus labios mi dicha.
Nosotros, los mismos.
De nuevo nosotros.
Y la eterna alegría.

Devuelvo el silencio y la ropa raída.
Me quito el deshecho del golpe y asalto.
Me deshago de miedos y sombreros amargos.
Me desvisto de túnicas y rudas blasfemias.

Nosotros. De nuevo nosotros.
Tú y yo de la mano.
Tú y yo de los labios.
Tú y yo de los brazos.
Tu y yo de los cuerpos.

Y el vuelo se anima...

(Alegría de la vida)

No me contengo:
La vida me envuelve.
¡Qué suerte de pájaro!
¡Qué suerte la mía!
Abro mi ventana
y me encuentro en la rama
cantando al buen día.
¡Qué suerte la mía!
Los bemoles del canto
pían melodías.

¡Qué suerte la mía versarle a la vida!
En la rama y el tallo
picoteando y en dicha.
Abriendo azucenas
que sisean alegrías.

¡Qué suerte que tengo
en las alas planeando!
Apasionado del aire,
de un labio y la rima,
cual ave sonora
silbando delicias.

En cabriolas, piruetas,
dibujando figuras,
del aire colgado
y en plena sonrisa.
¡Qué suerte la mía,
besando a la vida!

(La paz)

Alas: eternas, mutantes,
distintas, fugaces,
que me encadenaron al vuelo,
me sometieron como pájaro,
me enclaustraron al viento.

Contenido en las alas
y poseso de espacios,
como ave cantora abarcando linderos:
amarillo, en colores, picaflor de los aires,
gavilán de los mares,
cóndor de la cima y altivos volcanes,
petirrojo bronceado:
vuelo en la altura desencadenado,
atado a mi mismo,
acosando la cresta.

Retuve en el aire el amor y alegría,
y de un brazo o de un ala
abracé cuanto pude
a devolver mil sonrisas.

Perseguí la dulzura de un beso,
el deseo infantil sin malicia,
el respeto a los aires,
la atención a los riscos,
la candidez del paraje,
la sencillez de mundano aprendiz
y la cultura sin raza.

Y en el vuelo del ave
coseché la alegría,
sin cadenas, grilletes o esposas,
bendiciendo la vida.

Y la paz me sedujo,
desbordando mi alma de labios y dichas.

(Vuelvo a la poesía)

Vuelvo a la poesía:
La revolución de los claveles verdes
y los besos amarillos.
La profecía de una mueca
convertida en alegría.

Resucito entre mis versos
y en los ojos que fascinan.
Dijo aquel poeta:
“Es el verso tu pupila.”

Dejé un clavel en mano,
dejé un clavel abierto,
besando entre tus labios.
Dejé un clavel volando,
volando y aleteando,
de un pecho arrebolando
y del fresco jugueteando.
Un clavel brillante
y de escarchas coqueteando,
y tu pupila inmersa,
y mi verso suspirando.

Amanecía...
Nuevamente amanecía.

Un clavel de versos
en mis labios respirando.

(Oración a la vida)

Quiero ver esos ojos,
tus ojos,
como la mañana.
Prenderme de ellos
por la madrugada
y cantarle a la vida
sobre tu mirada.

Tener unos ojos sencillos,
discretos y francos,
que devuelvan brillo
sobre mi ventana.

Aclamarlos porque se abren,
porque llevan puestos
siempre la alborada,
porque tienen ganas
de tocarme el alma,
y la acarician para suavizarla.

Quiero unos ojos,
como son tus ojos,
que devuelven calma,
que retornan vida
cuando se les mira,
que regresan besos
de armonía y gracia,
encendiendo labios
por la madrugada.

(Sigo danzando)

Pap, pap, pap, aleteo, aleteo y rap, pap, pap.
Me paseaba y me encontraba
de la mano de un jilguero:
coletazo y aletazo,
picotazo y zigzaguo.
¡Qué menudo zarandeo!
¡Qué tremendo ajetreo!
Rap, pap, pap.

Media vuelta y va de nuevo:
Aletazo y aletazo,
que se venga en redondeo.
Rap, pap, pap.
Vuelta entera y desenfreno.
Rap, pap, pap.
¡Qué alegría de meneo!
¡Qué alegría es la que llevo!
¡Qué belleza el mundo entero!
Rap, pap, pap.

Del autor.



Salvador Pliego. Nacido en la ciudad de México. Con estudios en Antropología Social y una Maestría en Sistemas de Computación. Como escritor inicia su carrera a finales de 2005 y desde entonces ha publicado los siguientes libros: “Claro de la luna”, “Flores y espinas”, “Encuentro con el mar” y en proceso de publicación “Bonita... Poemas de amor”.

Fue premiado como segundo lugar en poesía por la ENSL en México y nominado como finalista por el II Certamen Internacional de Poesía “San Jordi” en España, 2006.

A la fecha ha realizado lectura de su poética en Estados Unidos, México, Perú y Chile. Publica en revistas de Venezuela, Argentina, Chile y en diversos foros y grupos vía Internet. Su poesía ha sido leída en diferentes ocasiones a través de radiodifusoras en Venezuela, Perú, México y Argentina.

Enero 2008